





COLECCIÓN CASA EUROPA, 19

EL VIENTO, EL ESPÍRITU, EL ALIENTO

© De los textos, Andreea Răuceanu  
© De la traducción, José Francisco Arcenegui

© Confluencias, 2022  
[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián  
Revisión editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-125836-6-3  
Depósito legal: AL 3261-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

ANDREEA RĂSUCEANU

# El viento, el espíritu, el aliento

---

Traducción de  
José Francisco Arcenegui





El viento, el espíritu, el aliento

El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; más ni sabes de dónde viene, ni a dónde va.

Juan 3:8

Desenterramos de los baúles, cajas y cajones viejas cartas sin encabezado y sin firma, en las que hombres y mujeres, vivos en otros tiempos, ya son solo unas iniciales [...]; vemos seres oscuros, seres en cuya sangre y semilla viva nosotros mismos dormitamos todavía a la espera, los vemos en una atenuación sombría del tiempo cobrando ahora proporciones heroicas, haciéndose gestos de pasión y violencia simples, opacos al tiempo e inexplicables.

W. Faulkner *¡Absalom. Absalom!*





## ÍNDICE

I. Iolanda	11
II. M	155
III. Mihalachi	287
Epílogo del ahogado	393
Carta de P (Petru)	399



# I

## IOLANDA

*Luego Rebeca tomó la ropa más preciosa de Esaú,  
su hijo mayor, que ella tenía en casa,  
y vistió a Jacob, su hijo menor.*

Génesis 27:15

**Y** entonces me senté en la mesa de despacho de nogal que me había hecho Constantino, el sólo, con sus propias manos. Trabajó durante meses, incluso le había puesto unos tiradores de metal labrado. A mí me parecía la cosa más bonita del mundo. Me senté y me puse a escribir. Estimados padres: Sé que fui una niña mala y no merezco vuestro amor. Eso también me lo dieron mis verdaderos padres porque yo no soy capaz de nada. Sin buenas notas en la escuela y sin ni siquiera ser capaz de cuidar de la casa. Perdonadme, por favor, y no olvidéis que os quiero mucho a los dos. Y firmé: *Iolanda*.

Las pastillas estaban sobre el escritorio, en el sobre abierto que había sacado de tu bolso. Sabía dónde las guardabas, todas las noches sacabas una y te la tomabas con un sorbo de agua, junto al chifonier alto

y negro, de lo contrario no podías conciliar el sueño. Tenían el olor de las cosas que guardabas en el monedero de laca, con su forro un poco rasgado, el pañuelo rosa con el borde bordado, la billetera alargada, con los papeles dentro dispuestos al milímetro, el pintalabios barato, carmesí, con su tapa algo pelada, algunos billetes de cien que le habías escamoteado a Constantin. Una libreta de ahorros. Dos fotos, una con una pareja vestidos de boda, ella se parece un poco a ti, otra con un niño desconocido. Primero fui al baño al lado de la habitación, me miré en el espejo. Llevaba un vestido rojo de seda con tirantes, rígido como si fuera de hule, que me gustaba ponerme por mi cumpleaños o cuando íbamos «en frente». Cogí el joyero, abrí la pesada tapa de mayólica. Dentro, todas tus pedrerías relucían mareantes, me gustaban especialmente los pendientes largos, en forma de alas de insecto, hechos de piedras que refulgían con múltiples colores. Me los puse. Una sarta de cuentas blancas, como dientes, ligeramente ennegrecidas, como muelas podridas. Cogí el frasco de colonia con tapón dorado y spray, me perfumé dos veces detrás del lóbulo de cada oreja. Saqué las pastillas una por una, eran más pequeñas de lo que esperaba, y algunas eran de color rosa pálido, me gustaba más ese color, así que las pulvericé primero. Hice exactamente lo que te había visto hacer cuando me dabas un medicamento: puse una en la primera cuchara, luego, con la segunda, la aplasté. El polvo blanco generalmente se elevaba un poco en el aire, luego se posaba en su sitio, en la cuchara, esperando que las gotas de agua lo disolvieran por completo. Así lo hice con las veintitrés, las conté. Luego puse todo en la jarra de agua, la llené hasta la mitad y bebí. El sabor

era amargo, pero no insoportable. Bebí lentamente, sus voces se escuchaban desde afuera, alguien estaba limpiando el gallinero, probablemente tú, Constantin, y traía del cobertizo de verano una carretilla llena de pasto recién cortado. Terminé de beber, me acosté en la cama y esperé.

Nunca había pensado en las cosas de la habitación principal de C. de la forma en que lo hago ahora. Entonces me parecían extrañas, como si hubieran venido de otro lugar, cada vez que entraba en la habitación grande y fresca, me sentía como si estuviera en un país desconocido. Ahora me parece que en realidad nunca he tenido nada propio. Un lugar mío, cosas que me pertenecieran, el amor de alguien que fuera solo mío. En lo alto de la pared, encima de la cama donde dormíamos Tamara y yo, había una fotografía grande, con marco dorado, de nosotros tres. Constantin había encanecido a partir de entonces, con las mejillas hundidas con las que había regresado de la guerra y que nunca se habían vuelto a rellenar. Llevaba un corte de pelo a la moda, con un rizo en la frente, el cabello espeso y áspero, como lo tuvo hasta su muerte. Un vestido oscuro con cuello redondo y tres botones pequeños. La sonrisa, aunque sólo medio esbozada, dejaba entrever unos dientes ennegrecidos, que el fotógrafo había intentado en vano decolorar un poco. Y allí, con ellos, estaba yo, con un traje de lana blanca, con un gran lazo en la parte superior de la cabeza, sobre el gorro también de lana, atado por debajo de la barbilla. Parecía algo artificial, una foto compuesta en estudio, por partes, como se hacían en aquel momento, mezcla arbitraria de personas captadas en distintos momentos y lugares. Pero no era así,

todos habíamos ido a un estudio en Republic Street, especialmente para esta foto, el nombre del fotógrafo estaba escrito en letras plateadas, a mano, en el envés: Simion Weismann, Republicii, 3. En una esquina Constantin había escrito también el año, con su escritura anticuada, amplia y floreada, muy inclinada a la derecha: Tamara, Constantin y Iolanda, 1956. Yo tenía dos años. Durante años desperté con esta fotografía ante mis ojos, tan grande como una de las ventanas que daban a la parte de atrás de la casa, a las zanjas cubiertas de enormes hojas de bardana y malvas polvorientas, más allá de las cuales empezaba el cielo azul, perdiéndose en la lejanía, donde se veían las primeras copas de los árboles de la Râioasa.

Entonces las cosas todavía estaban vivas, tenían su propia vida, respiraban. Eran diferentes, dependiendo de cada momento del día. No eran iguales, cada casa se veía diferente. En casa, el somier se cubría con una brillante seda carmesí. El suelo era de tablones anchos pintados de marrón, siempre con un olor penetrante, a gas, y en la reluciente cómoda con cerraduras de cuyas llaves colgaban pequeños claveles de ganchillo, te podías peinar. Los pesados ladrillos de porcelana vidriada eran blancos, como mojonos, alrededor de la estufa de terracota y, en verano, la gran mesa en el centro de la habitación, también lacada y cubierta con un mantel de estilo oriental. Sus flequillos se movían continuamente, de forma apenas perceptible, como si alguien se escondiera debajo. A menudo, por la mañana, se oía a Tamara cruzar varias veces el patio y hablar sola, pero asegurándose de que Constantin la oyera, yo no le quise desde el primer momento, sabía que me iba a llevar a un anciano cuando mi madre

nos puso en San Juan, a contar las estacas de la verja, a mí me tocó la más averiada<sup>1</sup>. Y así fue, de todas las hermanas, a mí me tocó el mayor. No hubo error, y tuve que coger a un hombre mayor. El patio parecía subir y bajar a su paso, cuando salía del huertecillo recién regado, y se hacía de repente ancho, sin fronteras, mientras el cuadrado de arena blanca incandescente en medio del patio se estrechaba a su alrededor, reducido al tamaño de su pequeña figura, que preparaba el banco de madera para el lavado. Al principio, el canapé del gran salón todavía tenía los muelles fuertes, que te proyectaban hacia el techo si empezabas a saltar sobre ellos, pero en el entretanto se habían debilitado, yo me hundía un poco en él, entre las sábanas frías como el hielo, era como una tumba susurrante. Podía ver el hueco debajo de la mesa, con las sombras acumulándose allí por la noche, y arriba, en la cabecera brillante, las pesadas jarras de porcelana llenas de flores cogidas en el jardín. Tulipanes, peonías, margaritaria. Estaba acostada y contaba los círculos de pintura plateada en la pared, me parecía que se movían con facilidad y formaban figuras abstractas, cosas para las que no encontraba nombre, los últimos rayos del sol entraban de lado, de la calle, de más allá del gallinero, a través de una cerca de malla metálica. Podía oír cómo, de vez en cuando, una florecita seca se desprendía del enorme ramo de lilas y caía con un ruido a penas audible sobre el periódico que protegía la mesa.

---

1 N.T.: vieja costumbre rumana según la cual en la noche de San Juan las niñas tienen que contar las estacas de la verja de la casa y cuando se interrumpe la cuenta, según sea la estaca donde se ha parado así será el marido que tendrá. Todas las notas son del traductor.

Así había pasado toda la tarde, los primeros signos de decadencia, de la primavera que pasaba. Constantin se había ido por la mañana, cuando todavía estaba oscuro, de hecho, más bien una especie de luz tamizada, gris, como un hollín que se disipaba gradualmente, desde nuestro patio hasta la estación en la que desaparecía por completo y, cuando subía al primer tren de Galați<sup>2</sup> ya era una especie de neblina rosácea que vestía a la estación de un aire festivo. Los fuertes aromas de la fría mañana, que se iban suavizando poco a poco, las idas y venidas habituales de la gente, cargadas con enormes talegos, de todo tipo y color, se podría decir que su finalidad era la de llevar vida allí todos los días, el andén hecho con una especie de pequeña arenisca parda, todo esto despertaba en Constantin una impaciencia extraordinaria, un entusiasmo que ninguna otra cosa le producía. Cuando tenía que irse, podíamos sentirlo la noche anterior. Sabíamos cuándo iba a ir a Galați a por suministros, como decía, como si todavía hubiera guerra. De hecho, había guardado su vieja mochila, hecha de una especie de lona gruesa con tiras de cuero, mojada tantas veces por la lluvia, que se había vuelto de un color incierto, una especie de gris con decoloraciones verdosas y azules. Se la echaba a la espalda y lo veíamos desaparecer por el portón, con cuidado de no despertarnos, la llave chirriaba un poco en la vieja cerradura, a pesar de estar cuidadosamente engrasada, y lo veíamos alejarse por el camino, levantando una pequeña nube de polvo que se asentaba inmediatamente detrás de él.

---

2 N.T.: Municipio al este de Rumania, a orillas del Danubio, capital del distrito del mismo nombre, en la histórica región de Moldavia.



Me lo imaginaba allí, en la estación, aturdido por el ruido que le rodeaba y empujado por los demás, sonriendo alegremente como un niño mientras ocupaba su lugar en el vagón, su mochila a los pies, nunca en el maletero, sus resecaas manos entrelazadas en su regazo, con el billete entre los dedos, los ojos fijos en la ventana en la que C. había comenzado a moverse cada vez más rápido, como en un cuadro sobre el que hubiera llovido y cuyos colores se deshicieran, desdibujándose, transformándose en otra cosa, en un revuelo de colores, en un paisaje alegre y tembloroso que se alejaba con ellos. Desde el tren podía ver las casas de los gitanos a las afueras de C. y el pantano que ya hervía en el vapor de la mañana, mientras el aire se calentaba, la capa de lentejas de agua se arremolinaba al sol, comenzando el ligero movimiento que duraría hasta la tarde. Durante la hambruna, me dijo una vez, la gente las recogía del pantano y se las daba a los animales, algunos incluso las comían, decían que eran dulces y les reventaba en la boca como una ampolla. Íbamos al fuerte con la basura, me había dejado tirar de la carretilla hasta que empezamos a subir, las arboledas estaban inundadas desde el invierno y, sobre el agua en la que estaban sumergidos los álamos, las lentejas de agua se extendía como un verde velo en constante movimiento. A medida que avanzábamos, las arboledas ya no estaban inundadas, los árboles delgados y altos formaban cortinas temblorosas de luz y sombra, y en las ramas más altas los gruesos rollos de muérdago, que le daban al paisaje algo de salvaje y exótico, de selva tropical. Lo habíamos explorado juntos muchas veces, en verano, en excursiones en las que el zurrón era indispensable, llevábamos en él

casi todo lo que podíamos necesitar para pasar allí la noche, de presentarse la ocasión: frazadas, fósforos, comida y agua, la bomba de la bicicleta, con la que también hinchábamos las pelotas de goma, ropa de lluvia, un cuchillo grande con cachas de hueso. La vas a convertir en un chicote, Tamara me cogía a hombros, cuando volvíamos los dos exhaustos, llenos de polvo, yo con las rodillas llenas de rasguños, mírala, se duerme masticando la comida. Esas expediciones, como las llamábamos, nos vincularon mucho, aunque no nos hicieron compartir muchas más cosas, ni entonces ni después, cuando crecimos, ni siquiera cuando hablaba con G., más tarde, cuando nos conocimos, él no me habló, pero era algo, algo probablemente más importante que cualquier cosa que pudiéramos haber dicho. Por la noche el zurrón venía lleno de cosas, los paquetes de galletas de miel que odié toda mi infancia, pero que comía solo porque él las había elegido, mojadas en una infusión de tila, botellas de chocolate llenas de alcohol, caramelos de malvavisco, pescado, salchichón y jamón, medias y bragas, botellas de zumo. Nunca llevaba juguetes, de ningún tipo, solo comida y cosas de estricta necesidad, como si aún estuviéramos en guerra o preparados para otra.

\* \* \*

Cuando se inauguró la primera tienda de autoservicio en Galați —unos estantes relucientes de madera negra, en los que se alineaban primorosamente las cajas de carne prensada, las cajas de cerillas y las conservas de pescado—, él fue uno de los primeros visitantes. Me lo he imaginado más de una vez entrando allí, tímido,

con la cesta recogida al entrar, cargándola y siguiendo presa del pánico a otros compradores, que fingían indiferencia, haciendo ver que no se trataba de un hecho extraordinario, dirigiéndose directamente al vendedor que embalaba los productos, llevándose el recibo, luego pagar al cajero en la entrada y salir triunfante con los productos, detenerse en la acera, alinear los paquetes envueltos en papel marrón en la acera, arreglar todo en su zurrón. Era otra victoria, contra el hambre, las privaciones, contra el estómago vacío y sus retortijones, es decir, el verano de la gran sequía, cuando en Cahul<sup>3</sup> se comía líquenes de llanta y polenta de paja de mijo, cuando tres de sus cinco hermanos habían muerto de hambre, con el vientre hinchado como por exceso de comida, con las costillas atravesando la piel amoratada, como perros, en el patio, al sol, en el suelo agrietado de tan reseco sobre el que nadie recordaba cuando había caído la última gota de lluvia. Y así se habían hecho realidad las palabras de la madre, que, con su proverbial inteligencia, mezclada con una intuición que nunca fallaba, un instinto de asombrosa precisión, que siempre la había acompañado en la vida, había respondido brevemente, cuando el mundo había dejado escapar un suspiro de alivio después de la guerra, que las calamidades habían pasado pero el mayor mal podía venir de Dios: nunca hay que enojar a Dios, nunca, que siempre podía venir algo peor. Y venir, vino; sus palabras, una parte de premonición, otra de inteligencia y una tercera de experiencia, había quedado en la mente de la gente,

---

3 Ciudad del suroeste de la República de Moldova, fronteriza con Rumanía, ha sido considerada parte de Rusia, del Principado de Moldavia, de Rumanía, de la URSS y últimamente de la Republica Moldava.

desde entonces había comenzado su carrera como adivina y consejera en el pueblo. Ese Dios, implacable, cruel e impredecible, del que siempre hablaba mi madre, acechaba en mis sueños y ella hablaba de él como si lo conociera o fuera pariente suyo, ni siquiera iba al fondo del patio sin decir su nombre, como si él pudiera castigarla inmediatamente si olvidaba mencionarlo. El Dios de quien hemos tenido miedo toda nuestra infancia, yo, y ellos, y Constantin, siempre ha estado presente en nuestra casa en C., ceñudo y vengativo, amenazando con traernos las mayores desgracias. Después me di cuenta de que era el Dios del Antiguo Testamento, Yahvé el Todopoderoso, el de los cuentos de la abuela, pero en una versión sólo de ella, de la que nunca supe si era fruto de la imaginación de la anciana o de las antiguas enseñanzas transmitidas de generación en generación. En fin, en el verano de la hambruna, nada de esto importaba, la abuela sufría como todos, con la barriga hinchada por el guiso de junco y de lentejas de agua que compartían todos los días, con los ojos hundidos en sus cuencas y una voz mítica, un hilo de voz que casi se desvanecía hacia el atardecer, y entonces todos sabían que, si la abuela callaba, el final debía estar cerca. Constantin también había aprendido a guardar silencio durante ese verano, porque el silencio significaba la conservación de los recursos y de las fuerzas, el silencio te salvaba la vida, esto y la sombra de una enorme nogal en el otro extremo de su jardín, el único trozo de tierra conocido donde el calor no había llegado al suelo, que metía en el pecho un fuerte olor a iodo y no se movía de ahí, aunque todos le decían que la sombra del nogal era mala, que debajo de ella no crecía nada. Pero no murió, pasó el verano, pasó el otoño y solo él

de entre todos los hermanos sobrevivió, el nogal también murió, pero solo en apariencia, al año siguiente empezó a dar frutos nuevamente, más pequeños y raquíticos que antes, pero estaba vivo, eso era todo lo que importaba. Constantin volvió a Cahul años después, cortó el nogal y, con la ayuda de unos vecinos, cruzó el Prut<sup>4</sup>, llevándolo a C. Luego convirtió una parte en mi escritorio, del que estaba tan orgullosa y en el que estudié hasta la universidad y otra en su ataúd, que permaneció durante años en el cobertizo de madera, lleno de todo tipo de herramientas. Su madre lo maldecía cada vez que tropezaba con él, que traía mala suerte a la casa, que la enterrarían primero a ella, que se comía el alma, y amenazaba con llamar a unas personas para que lo sacaran de allí mientras estuviera camino de Galați, pero Constantin no se dio por vencido, fue lo único a lo que se aferró hasta el final, incluso cuando ella cumplió su palabra. Una mañana, después de salir con el primer tren del día para Galați, llamó a dos vecinos del barrio, a quienes solía llamar para cortar y arreglar la leña en el almacén, y pusieron el ataúd en el carro, luego se lo llevaron y lo tiraron por el barranco, donde la gente tiraba la basura. Por la noche, cuando regresó, como si lo hubiera sabido, Constantin fue directamente al almacén, permaneció dentro durante unos minutos, como si quisiera asegurarse de su ausencia, luego salió en silencio por la puerta y desapareció por la esquina de la calle. Volvió a la hora, con los mismos jornaleros y el mismo carro con el ataúd dentro, y fue la única vez que vi a mi madre callar frente a él, escondida tras la

---

4 Es un gran río (953 km) del este de Europa, afluente de la margen izquierda del Danubio. Parte de su curso es frontera con la República Moldava y con Ucrania.

cortina por la que había estado al acecho hasta que volvió. Los dos volvieron a poner el ataúd en el cobertizo y se fueron, y detrás de ellos se cerró la puerta grande, con un largo chirrido, el único ruido que escuchamos en nuestro patio esa noche. Constantin nunca me contó nada de todo esto, para mí él era el gran silente, así como G. era el gran ahogado, aunque podría haberlo hecho, en nuestros largos paseos por las arboledas alrededor de C. Pero le dijo a G., y me dijo a mí, en nuestras primeras tardes en C., cuando él llegaba el sábado y se iba el lunes, todavía a medio despertar, cuando yo era estudiante a tiempo parcial, porque mi mamá no quería que me fuera de casa por completo. Le contó cómo, en un momento, el comité provincial del partido del condado en Cahul había enviado un documento a todos los secretarios de los comités de distrito, en el que hablaba del peligro de la multiplicación de los casos de canibalismo. En varios pueblos, la gente se había vuelto loca por el hambre, primero robaron cadáveres llevados al cementerio para ser enterrados, y luego comenzaron a matar a sus familiares y vecinos con sus propias manos. Los cadáveres, con los músculos y las extremidades cortados, eran dejados en las arboledas de las afueras del pueblo, pero no permanecían allí mucho tiempo. Cuando el zumbido verdinegro de los enjambres de moscas los cubría, llegaba la segunda fila de hambrientos y recogía lo que quedaba, hirviendo los huesos, recogiendo los restos de carne y cartílagos. Lo más horrible fue el caso de una mujer que había matado a uno de sus dos hijos, al que luego había cocinado en un caldero en el patio, sobre las trébedes, y así se descubrió el horror, porque los vecinos, atraídos por el olor

a guiso de carne, habían venido a ver qué pasaba. La mujer vigilaba la cocción, con el niño en brazos, aturdida por el olor que salía de la caldera. Se reía batiendo palmas, embriagada por el vapor de la caldera. Como en los cuentos de hadas alemanes que a veces me leía Constantin, oscuros, pesados, que me daban pesadillas durante noches seguidas, donde los gigantes comían niños y las brujas de los bosques los hervían en grandes calderos. Pensé en esto durante mucho tiempo, ¿cómo había elegido la mujer al niño que tenía que ser sacrificado para que ella y el otro sobrevivieran? ¿Era el mayor, el primogénito? ¿El menos amado? ¿Lo había echado a suertes? ¿Había cogido al azar el que tenía más a mano entonces, en un momento de locura? No, la otra pregunta, la verdadera pregunta, nunca me la hice. No tuve el coraje. Pero la respuesta existía en mi mente antes de hacerme la pregunta. Y le pregunté a G., qué niño era, y me lo dijo, y el aspecto que tenía cuando me lo dijo, estaba tranquilo, como solía estar, con una mirada preocupada, con una voz indiferente, que parecía perdida en el viento, sin dirigirse nunca a un interlocutor en particular, sino quién sabe a quién, al patio vacío, a las hojas de la vid, al cálido aliento de la tarde. Y me miró asombrado y me preguntó qué me pasaba, no sabía qué aspecto tenía, cómo suele ser, no dijo qué niño era, qué importaba, no era ya suficientemente chocante así la historia, qué más detalles necesitaba. ¿Dijo algo más? Le pregunté. Sí. ¿Que? Dijo algo del sol fresco, todavía primaveral, claro incluso en el anochecer, deslizándose por el borde de la casa, sobre las pequeñas hojas, de un verde amarillento que temblaban con el viento. Todo esto estará aquí mañana y pasado mañana, dijo.

Durante años pasé por una confitería cerca del juzgado, justo al otro lado de los muelles, en una de cuyas mesas desvencijadas de la acera estaba sentado un anciano, no, al principio no era un anciano, era un hombre de cincuenta y tantos, estaba bebiendo con cuidado una taza de café humeante, con los pies cruzados, con los ojos fijos en la fila de autos que se deslizaban hacia la plaza Unirii<sup>5</sup> o tal vez en las verdes aguas de Dâmbovița<sup>6</sup>, siempre agitadas por una vaga corriente, me parecía familiar y en un momento me di cuenta de qué lo conocía, era actor, lo había visto varias veces en varias obras de teatro. Pero luego me di cuenta de que no era por eso por lo que su figura me resultaba familiar, sino porque tenía algo que recordaba a Constantin, quizás su postura, sentado en la silla, sus ojos tan tensos, con una mirada preocupada, pero no por algo fuera de él, sino por algo de muy adentro, por cosas que permanecían inaccesibles a los demás, el ruido de la calle, la conmoción de las horas de la tarde se detenían al borde de su silencio, dando allí como contra un muro, más allá del cual nada podía pasar. Hubiera dado cualquier cosa por saber lo que había más allá, por echar un vistazo al otro lado de ese muro, por saber si en sus ojos era sólo reflejaban la preocupación de los viejos borrachos, su tensión carente de contenido, la ausencia camuflada por un ojo atento, por una expresión concentrada. En unos años había envejecido terriblemente, creo que ya ni actuaba, lo veía adquiriendo el aire de los seres decrepitos, disminuidos, en los que la muerte empieza a asentarse, con su rostro

---

5 En Bucarest.

6 Río que pasa por Bucarest.



sonriente, ocupando cada vez más territorio, volviéndose completamente sobre sí mismo, cómo el cuerpo antes vigoroso, joven, fuerte, se convertía en un resto de lo que fue, un remanente, como una cáscara de fruta olvidada al sol que dobla sus esquinas apretándose sobre sí misma, antes de la podredumbre final.

Casi se había convertido en un vagabundo, un sin techo, me imaginaba que debía dormir en alguna de las casas antiguas, abandonadas cerca de Antim<sup>7</sup>, reconvertido por el tiempo en uno de los personajes que había interpretado, calzaba unos zapatos demasiado grandes para sus pies, que chancleteaban cuando pasaba frente al juzgado, como cuando te pones los zapatos de otra persona, se acabó, decía mi madre, no tienes escapatoria, así que asegúrate de tener siempre bastantes zapatos tuyos y no comas sobre «cartón»<sup>8</sup>. Hacía tiempo que no lo veía, tal vez había muerto, tal vez se había ido a algún lado, tal vez tenía hijos que lo cuidaban ahora, en su vejez, a veces me lo imaginaba entrando lentamente en el agua sucia, gris, de noviembre del Dâmbovița, sin que nadie lo viera, sin que nadie se diera cuenta. Lamenté no haberme sentado nunca a su lado, no haberle preguntado nada, no haberme comprado un café, de no habernos sentado los dos en esa mesa de hierro forjado oxidada, como me había sentado años atrás con Constantin en el banco de C., mientras leía los periódicos y convertía las noticias en historias comprensibles para mi mente infantil.

\* \* \*

---

7 Importante monasterio de Bucarest.

8 Expresión que indica pobreza, pues solo los pobres no tienen vajilla para comer.